

franceses, para restituírselas despues de terminada. Este aviso fué dado al príncipe Poniatowski en el mismo instante en que recibia de París la órden de aprestarse á entrar nuevamente en campaña, y á cooperar con el cuerpo austriaco, que iba á recibir las instrucciones de Napoleon de igual manera. El príncipe Poniatowski se le comunicó á Mr. de Narbonne, para que éste embajador le explicara estos enigmas que no se hallaban á su alcance.

Al saber Mr. de Narbonne la repentina fuga del rey de Sajonia, la retirada forzada del cuerpo polaco, el proyecto de desarmarle, y la especie de defeccion del cuerpo auxiliar austriaco, reconoció en este conjunto de hechos el desarrollo de los designios de Austria, que menos embarazada desde que atrevidamente se habia constituido mediadora, por un lado atraia al rey de Sajonia á Praga, para añadir á su plan de pacificacion la importantísima adhesion de este soberano, por otro llamaba atrás á las tropas austriacas, para poner término á su papel de potencia beligerante, y finalmente, hacia desaparecer con el cuerpo polaco los restos del gobierno del gran ducado, retirado sobre la frontera de la Galitzia. Efectivamente, despues de la evacuacion de Varsovia, se habian refugiado los ministros del gran ducado con el príncipe Poniatowski á Cracovia, donde presentaban la última fase del gobierno de Polonia.

Mr. de Narbonne, constituido en vigilante asiduo de la política austriaca, corrió de nuevo en busca de Mr. de Metternich á pedirle cuenta de tantas singularidades como acababan de ocurrir casi al mismo tiempo. Embarazado halló á Mr. de

Metternich de tener que dar respuesta á tantas preguntas, y casi dolido de que los resultados que deseaba se hubiesen consumado tan pronto. Empezando por el rey de Sajonia, apresuróse Mr. de Metternich á manifestar á Mr. de Narbonne que les habia caído en Bohemia como el rayo, y que á nadie habia causado mas asombro que al emperador y á él esta repentina llegada á Praga.—Como el rayo, sea en buen hora, replicó Mr. de Narbonne, pero os creo tan hábil como Franklin en dirigirlo.—Sin embargo, el embajador de Francia no insistió mas en un asunto sobre el cual no le quedaba mas arbitrio que desmentir al ministro de Austria, lo cual no era grato ni menos político, y de seguida vino al punto mas importante, á la pretension de traer el cuerpo polaco á Bohemia y de desarmarle, lo cual exigia una explicacion inmediata, porque podia sobrevenir en Cracovia un conflicto entre el príncipe Poniatowski y el conde de Firmont, encargado del desarme, y hasta un choque directo con Austria, si las órdenes de Napoleon al cuerpo auxiliar austriaco no hallaban mas que desobediencia. No queriendo confesar Mr. de Metternich el ajuste secreto firmado con los rusos, se excusó lo mas diestramente que le fué posible, diciendo que el aviso dado al príncipe Poniatowski era amistoso por esencia y no obligaba á nada; que habiendo cumplido lealmente los deberes de compañeros de armas respecto de los polacos durante la retirada que emprendieron juntos, se les prevenia de la imposibilidad en que se iban á hallar de sostenerlos; que los rusos se aproximaban fuertes, y no se les queria atraer sobre el territorio austriaco, hostilizándolos de nuevo, y poniéndose además



en contradicción con el papel de mediadora que la corte de Viena acababa de tomar por instigación de Francia, que los austriacos estaban resueltos á volver á entrar en Galitzia, donde esperaban no ser seguidos, si se abstendían de hostilidades; y que por consecuencia se habia ofrecido al príncipe Poniatowski que se retirara con los austriacos, para no caer prisionero, lo cual traía consigo la obligación de deponer momentáneamente las armas, por no ser costumbre atravesar un territorio neutral con ellas.

Tales fueron las explicaciones del primer ministro de Austria. Varias respuestas habia que oponerle, pues, si habia tomado una posición sencilla y verdadera su corte, aconsejándonos la paz á las claras, y encargándose por nuestra iniciativa del papel de mediadora para trabajar en ella, mucho distaba de haberse atrevido á tomar una posición igualmente franca respecto del tratado de alianza. A la verdad, aun considerándolo insuficiente en algunas de sus disposiciones, no cuestionaba sobre el principio de alianza, y por tanto el concurso de las fuerzas seguía siendo obligatorio, al menos para el cuerpo auxiliar austriaco. Muchos medios quedaban de responder á Mr. de Metternich de consiguiente, pero fuera sin comparación mas hábil dejarle en la idea de que á la vez podia llenar los dos papeles de mediador y de aliado, á fin de imponerle el mas largo tiempo que fuese posible las obligaciones inherentes al postero. Desgraciadamente Mr. de Narbonne no fué enviado con este designio, y así persistió en estrechar mas á su antagonista.—Le decia que aun estaba vigente el tratado de alianza. Mr. de Metter-

nich convenia en ello y hasta se esmeraba mucho en sustentarlo. Realmente no se consideraba este tratado aplicable del todo á las circunstancias, bien que bajo el único punto de vista de no parecer proporcionado á la gravedad de la situación un socorro de treinta mil hombres. De aqui no resultaba que se habia de negar este socorro. Unidos los treinta mil austriacos á los polacos, podían presentar una fuerza de cuarenta mil hombres, que, situada sobre el flanco izquierdo de los coaligados, les descargara golpes sensibles, ó al menos paralizara solo con su presencia á cincuenta mil soldados de ellos. Finalmente, al partir Napoleon para el grande ejército, habia anunciado que pronto daría órdenes al cuerpo austriaco, en virtud del tratado de 14 de marzo de 1812. ¿Se le iba á desobedecer, á declarar que el tratado ya no existía, á declararlo á Europa y á Napoleon mismo? ¿Y luego no se pensaba en el honor de las armas? ¿Se iba á emprender la retirada delante de algunos miles de rusos, dado que el cuerpo de Sacken no contaba mas de veinte mil hombres, y despues de volver á entrar de este modo tímidamente en sus fronteras, se iban á esconder allí los que habian retrocedido y á desarmar á sus propios aliados? ¿Era esta conducta digna de Austria? ¿Y consentirían estos aliados en deponer las armas, sobre todo, habiendo franceses entre ellos? ¿Y si rehusaban deponerlas, se les arrancarían á la fuerza, ó se les entregaría á los rusos?—

Nada habia que responder á estas observaciones, no habiendo tenido aun atrevimiento Mr. de Metternich mas que para declararse mediador, y no teniéndolo para despojarse enteramente de la



calidad de aliado. Así, evitando cuestiones harto embarazosas, trasladóse Mr. de Metternich al terreno, donde le era mas fácil defenderse, al de la prudencia.—¿Qué importaban á Napoleón, cuando iba á empujar de frente con su formidable espada á los torpes aliados que se le plantaban delante, algunos miles de austriacos y polacos mas en Cracovia? Por una satisfaccion tan vana como la de comprometer á Austria, pues sustancialmente no se trataba de otra cosa, segun Mr. de Metternich decia, se le iba á colocar en una posicion falsa respecto de las potencias beligerantes, á las cuales se tenia que presentar como árbitra, y se le iba á imposibilitar el papel de mediadora, y á exponerla á una explosion de la opinion pública si disparaba un solo tiro contra los coaligados, á hacerla perder el timon de los asuntos alemanes, que ya empuñaba con mano trémula y atormentada. Si ahora negaba estos treinta mil hombres era para ofrecer ciento cincuenta mil mas tarde, cuando se conviniera en condiciones de paz aceptables, lo cual dependia solo de Francia, á cuyo alcance estaba que se efectuase al momento. Además, habia que ser razonable y no exigir que los austriacos se batieran contra los alemanes y á favor de los polacos. Segun el estado de la opinion en Viena, en Dresde y en Berlin, semejante situacion no era sostenible. En lo relativo al honor se habia pensado, y si se llevaba á cabo la retirada, consistia en saberse de seguro que se tendrían delante muy considerables fuerzas. Respecto de los polacos se ofrecia recibirlos y alimentarlos, no mas que por complacer á Francia, pues admitirlos en Galitzia ya era prestarse á la visita mas molesta, y seria

exponerse á la mas peligrosa, si se les mantenía allí armados. Además, el rey de Sajonia, su soberano, habia consentido en su momentáneo desarme. Un batallon francés quedaba sin duda, y se comprendia su punto de honra justificado por tantas proezas: así se hacia á Napoleón el sacrificio de respetar en estos pocos centenares de hombres, su gloria y la del ejército francés, y se violarian los principios, autorizando á este batallon á permanecer sobre un territorio neutral con armas, pues efectivamente, con conocimiento de Napoleón, se habia declarado neutral el territorio de Bohemia, para impedir que penetraran allí los rusos.

Abandonando el terreno del derecho para trasladarse al de la prudencia, Mr. de Metternich volvia á ser mas fuerte, y solo se podia sentir que la situacion no le permitiera ser mas ingénuo y que Mr. de Narbonne no tuviera licencia para mostrarse mas moderado, pues sin tropiezo llegáramos á una mediacion equitativa y aceptada por toda Europa. Sea como quiera, Mr. de Narbonne reconoció de seguida que se padecia engaño al querer alcanzar de Austria una ayuda eficaz con nuestras condiciones subentendidas de paz, y que la neutralidad era todo lo que se podia esperar de ella, y esto al precio de victorias prontas y decisivas. Se lo comunicó así á Mr. de Basano, solicitando nuevas instrucciones para la situacion difícil en que se hallaba colocado. Desde Munich le trasmitia nuestro embajador, Mr. Mercy de Argenteau, un nuevo hecho que revelaba todo el trabajo de Austria para ganar parciales á su sistema de neutralidad armada. De Baviera habia aspirado á hacer lo que de Sajonia, una aliada condicional de Fran-



cia, aliada, si Francia aceptaba una paz esencialmente alemana, enemiga si persistia en querer una paz opresiva para Alemania. Hambrienta Baviera de reposo, asaltada por los clamores del patriotismo germánico, habia prestado oídos á las proposiciones de Austria y casi las habia aceptado, hasta el momento en que, pensando ésta en sus propios intereses, le habia vuelto á demandar la línea del Inn, lo cual arrastraba para Baviera un sacrificio de territorio, sin compensacion posible. A la simple enunciacion de tal exigencia, tornó Baviera á mostrarse fiel hácia Francia, y muchas indiscreciones calculadas por su parte revelaron á nuestra legacion que Austria habia procurado seducir sin fruto á uno de nuestros aliados alemanes. Estos pormenores fueron enviados á Mr. de Narbonne á Viena, y á Mr. de Basano á París. De plano confirmaban las ideas que por fuerza se debian concebir al ver las obras y al oír las palabras de la córte de Viena, que aspiraba á crear un partido intermedio, para llegar á una paz á su gusto, á gusto de Alemania, y no á gusto de Napoleon. ¡Ah, por qué no aceptar aquella paz que nada mermaba de nuestra verdadera grandeza, y solo mermaba algo de aquella grandeza quimérica é imposible que Napoleon queria defender con porfia!

Del 4.º al 20 de abril pasaron estos sucesos tan importantes y multiplicados de la política europea, mientras Napoleon se aprestaba para la partida, y la verificaba en efecto, y llegaba á Maguncia, desde donde dictaba sus primeras disposiciones. Establecido desde el 47 de abril en Maguncia, dedicóse inmediatamente al trabajo, y mientras sobre todo ponia su mirada ardiente y su mano poderosa, de-

tuvo al paso á los correos diplomáticos de ida y vuelta, y supo, si bien no completamente, porque no todos los correos pasaban por Maguncia, pero si bastante de lo que acabá de ser referido, y se pudo formar una idea bastante aproximada. Lo que le causó mas sorpresa fué la subitánea partida del rey de Sajonia para Praga, en el momento en que el ejército francés llegaba á libertar sus Estados, y la complicadísima política de Austria, respecto de este soberano, y así supuso, no sabiéndolo todo, que Austria queria arrastrar al infortunado Federico Augusto á cometer faltas, para hacerle perder el afecto de Francia y quitar á esta todo motivo de conservar el gran ducado de Varsovia. Menos oscura le pareció la retirada del cuerpo austriaco, pues veia, que sin negar Austria la alianza, queria rechazar sus obligaciones. Pero indignóle el desarme de los polacos, y despachó un correo á Cracovia para intimar al principe Poniatowski que no se dejara desarmar de ninguna manera; que volviera á entrar, si era necesario, en Polonia; que hiciera allí á todo riesgo la guerra de partidas, y que pereciera antes de deponer las armas, añadiendo con una vehemencia y una grandeza de lenguaje, que solo podian nacer de su alma.—*Nada importa al emperador conservar hombres que hayan perdido la honra.*—Además, sostenia el aviso dado al conde Frimont, de estar pronto á obedecer sus primeras órdenes.

Sirviéndose de Mr. de Caulaincourt como ministro de Negocios extrangeros, por ausencia de Mr. de Basano, escribió á Mr. de Narbonne que no comprendia la conducta del Austria, ó mas bien empezaba á comprenderla de sobra; que respecto



de ella se habia abandonado demasiadamente á la confianza, pero que echaba de ver el doble juego con que á la vez contemplaba á su persona y á sus enemigos: que la política de es'a potencia tocante á Sajonia era singularmente oscura; que se necesitaba tratar de descubrir su secreto, y averiguar si la plaza de Torgau, adonde se habia retirado la infantería sajona, seria ó no fiel á Francia, lo cual importaba mucho conocer en el instante en que se aprestaba á operar sobre el Elba; que tambien se necesitaba hacer que se explicase Austria sobre lo que se debia esperar del cuerpo auxiliar suyo; obligarla á decir si prestaría ó no obediencia, y sobre todo persuadirla bien que tenia que renunciar al desarme de las tropas polacas. En suma Napoleon recomendaba á Mr. de Narbonne que penetrara todos los arcanos que le rodeaban, pero sin ruido, y tratando al padre de la emperatriz con muchos miramientos, dándole espacio para cortar en Dresde, adonde iba á emprender la marcha, el nudo gordiano, que no se podia desatar en Viena. Al mismo tiempo escribió á París á Mr. de Basano, para que participase al príncipe de Schwarzenberg las noticias recibidas, pidiéndole cuenta de la extraña contradicción existente entre sus palabras y los hechos sobrevenidos en Cracovia. Efectivamente el príncipe de Schwarzenberg habia dicho á Napoleon que el conde de Frimont ejecutaria sus órdenes al punto, y sin embargo, á la sazón todo anunciaba lo contrario.

Por lo demás asuntos eran para Napoleon de escasa monta. A todos estos embarazos, á todas estas astucias, se proponia poner término pronto, desembocando seguidamente en Sajonia á la cabe-

za de doscientos mil hombres por todas las avenidas de la Turingia. Apenas llegado á Maguncia, empleó allí su tiempo con aquella actividad y aquella inteligencia sin iguales, que le constituian el primer administrador del mundo. Aunque fuera el mas obedecido entre los hombres y el que mejor mandaba sin duda alguna, aunque no hubiese perdido un instante, se notaban en los resultados obtenidos numerosos engaños. A pesar de la órden terminante de no enviar de los depósitos mas que destacamentos bien organizados, bien vestidos, bien armados, á pesar de la presencia del duque de Valmy en Maguncia y de su infatigable zelo, aun carecian todos los cuerpos de mucho material y especialmente de oficiales. Pero diez ó quince días de trabajo sobre el terreno bastaban á Napoleon para enmendarlo todo.

Hubo de empezar por el dinero, del cual se hallaba enteramente desprovisto. Con efecto, interpretando la tesorería con demasiada rigidez la órden de centralizar las arcas en Magdeburgo, para ponerlas á resguardo de las sorpresas de la guerra, no habia dejado fondos en Maguncia. Por esta sola circunstancia se hallaban pendientes muchas operaciones administrativas. Napoleon hizo que se remediara este yerro. Además llevaba consigo su caja particular, sin noticia de ninguno de sus cooperadores, y de allí sacó lo que necesitaba para las urgencias imprevistas, frecuentísimas siempre en la guerra. Aun aguardaban ser indemnizados los oficiales de línea ó de la Guardia, vueltos de Rusia tras de perderlo todo; se les satisfizo sin demora. Muchos destacamentos llegaban dia tras dia, unos con una simple levita, otros con todo su ves-



tuario, pero sin tener completo el armamento, por no hallarse aun fabricados los objetos que les hacian falta, ó por estar en camino detrás de los respectivos cuerpos. Especialmente los regimientos provisionales, compuestos segun se ha dicho, de los batallones desparramados, por falta de una administracion comun, se encontraban peor provistos que todos. No tenian banderas, ni música, ni á veces los objetos de equipo mas indispensables. De oficiales carecian estos regimientos, y particularmente los de las cohortes, mandados casi en totalidad por los oficiales sacados de la antigua reforma. Llegado habia el material de la artillería en cañones, mas no lo siguieron los arneses y otros muchos objetos. Insuficiente era el número de los caballos de tiro. Como era fácil preverlo, se hallaba la caballería mas atrasada que todas las armas. Independientemente de la que el general Bourcier organizaba en Hannover con caballos sacados de Alemania, y con hombres vueltos de Rusia, recogia el duque de Placencia en los depósitos del Rhin cuanta estuviera pronta para el servicio, y debia llevarla al grande ejército en regimientos provisionales; y aqui tambien constituian los caballos la dificultad de mas bulto.

A todo proveyó Napoleon con su actividad y su dinero contante. Oficiales enviados de todos lados iban á acelerar el paso de cuanto habia quedado por los caminos, pagando y requiriendo trasportes extraordinarios. Como el pais á las márgenes del Rhin y del Mein es rico en todo, Napoleon hizo llevar á costa de dinero operarios y materias, y anticipando además fondos á los regimientos, les encargó que se proveyeran por si mismos de lo que

les hiciese falta, y lo ejecutaron con diligencia y buen suceso. Abundando los caballos en aquella comarca, se corrió á comprarlos hasta Stutgard, y se hallaron muchos asi de tiro como de silla. Tocante á los oficiales llegaban en los carruages públicos no pocos de los llamados de España, y Napoleon empléabalos sin demora. Cuando los de este origen no eran bastantes, en las revistas que pasaba personalmente hacia que le designaran los sugetos capaces de llenar los grados vacantes, les entregaba los despachos sin aguardar el trabajo de las oficinas de la guerra, y los daba á reconocer el mismo dia en los regimientos. Dicho habia que ya no seria el emperador Napoleon, sino el general Bonaparte, y estaba cumpliendo su palabra. A lo mas estrictamente necesario redujo sus equipages, y exigió que los generales imitaran su ejemplo.—Menester es que *seamos ligeros*, decia, por que tenemos que batir á muchos enemigos, y no lo podremos llevar á remate sino multiplicándonos, esto es, andando de prisa.

Animándolo todo con su presencia de esta suerte, tan luego como tenia un regimiento bajo el doble aspecto del personal y del material cuanto le hacia falta, le enviaba á incorporarse al mariscal Ney en Wurzburg, ó al mariscal Marmont en Hanaú, ó á la Guardia imperial en Francfort. Esta requeria especialmente los mayores cuidados, pues la parte útil se hallaba con el príncipe Eugenio sobre el Elba, los restos que habia que reorganizar se encontraban entre Fulda y Francfort, y los mozos procedentes del nuevo alistamiento y destinados á ingresar en sus filas, cubrian los caminos desde París á Maguncia. Además del caballo mon-



tado por los ginetes, llevaban otros dos de la brida para aquellos de sus camaradas que volvieron desmontados de Rusia. Napoleon ocupóse en reunir tales elementos, y así la organización de estos diversos cuerpos de tropas fué acelerada hasta lo sumo. Ya se había incorporado al príncipe Eugenio sobre el Elba el cuerpo del general Lauriston, compuesto exclusivamente de cohortes. Prontos se hallaban los de los mariscales Ney y Marmont á entrar en campaña. Desembocaba el del general Bertrand sobre Augsburgo, y allí encontraba la artillería que Napoleon le había enviado, para ahorrarle el trabajo de arrastrarla por entre los Alpes, el dinero para comprar dos mil caballos de tiro en Baviera, y los tres mil reclutas destinados al principio á los cuadros vueltos de Rusia, y destinados definitivamente al cuerpo que llegaba de Italia. Todo se consumaba tan de prisa, hasta la instrucción de los soldados, que cotidianamente se detenía á las tropas en la marcha, para repetir las maniobras que Napoleon había recomendado especialmente, y consistían en formar el batallón en cuadro, en desplegarle en línea, y despues en replegarle en columna de ataque.

De seguro no se forman los buenos ejércitos de este modo; pero cuando, por consecuencia de una política desmesurada, se halla uno condenado á hacerlo todo á escape, no es poca fortuna saber aplicar á la ejecución de las cosas una rapidez de tanta maravilla.

Justo es decir por otra parte que la nación francesa, por su carácter particular, se prestaba á las faltas cometidas por Napoleon de una manera prodigiosa, y hasta era una seducción para arras-

trarle á cometerlas. Esta nación impetuosa, inteligente y heróica, que desde los primeros tiempos de sus fastos, casi no ha cesado de estar en guerra con Europa, que durante veinte y dos años de revolución, de 1792 á 1815, no ha descansado un solo día, al par que las naciones, con quienes luchaba una tras otra, lograban alternativamente reposo, quizá es la única del mundo cuyos hijos se puedan convertir en soldados al cabo de tres meses. Esto era mas fácil el año de 1813 que nunca. Napoleon tenía sargentos, oficiales y generales consumados, amaestrados por espacio de veinte años en la guerra, llenos de ilimitada confianza en sí propios y en su caudillo, que, aun guardando rencor á este, por consecuencia del desastre de Moscú, ansiaban repararlo, y poco tiempo les hacía falta para apoderarse de aquella juventud francesa é infundirla los sentimientos de que se hallaban animados. Con tales elementos aun se podían obrar prodigios. No faltaba mas que formar un voto, el de que toda aquella sangre generosa no se derramara solo para añadir nuevo brillo á una gloria ya harto resplandeciente, y que también sirviera para salvar nuestra grandeza; no la loca grandeza que se jactaba de tener prefectos en Roma y en Hamburgo, sino la grandeza razonable, la que consistía en asentarnos definitivamente en los límites que la naturaleza nos ha trazado, la que gloriosamente nos había conquistado nuestra revolución de 1789, juntando el redondeamiento de nuestro territorio nacional á la promulgación de principios inmortales. Sigamos el curso de estos tristes sucesos, y se verá para que pruebas estábamos aun reservados.



Napoleon habia calculado que, dejando unos treinta mil hombres en Danzick y en Thorn, y otros treinta mil en Sttetin, Custrin, Glogau, Spandau, sesenta mil en totalidad para las plazas del Vistula y del Oder, ya reforzado el príncipe Eugenio por el cuerpo del general Lauriston que le fué enviado en marzo, podria juntar ochenta mil combatientes sobre el Elba. Con ciento cincuenta mil se proponia desembarcar de la Turingia, coger al paso cincuenta mil procedentes de Italia, é ir de esta suerte con doscientos mil hombres á alargar la mano á los ochenta mil del príncipe Eugenio. Mas fuerzas eran estas de las que se necesitaban para abrumar á los ciento cincuenta mil soldados, que los rusos y los prusianos se lisongeaban de tener disponibles á la apertura de la campaña. Despues venian los tres ejércitos de reserva, uno formándose en Italia, otro en Maguncia, y el último en Westfalia, todos los cuales debian estar prontos en junio ó julio. Bien habia con que hacer cara, no solo á los enemigos presentes que íbamos á tener encima en la primavera, sino tambien á los enemigos futuros que el verano ó la política de Austria pudieran poner en línea algunos meses mas tarde.

Como acontece siempre aqui habia engaño, no precisamente respecto de las tropas reunidas, sino de la época en que podrian reunirse, lo cual debia privar á Napoleon de parte de las fuerzas con que contaba para el comienzo de las hostilidades. Asi, en lugar de doscientos ochenta mil hombres de tropas activas para últimos de abril ó principios de mayo, solo iba á tener bajo su mano doscientos mil hombres, bien que presentes en realidad alrededor de las banderas, y bastaban por lo

demás para llevar pronto sobre el Elba y el Oder, y aun quizá sobre el Vistula, á los enemigos imprudentes que habian llegado á desafiarnos tan de cerca. Véase el estado y la distribucion de las fuerzas á fines de abril y en el momento en que iban á empezar las hostilidades.

Despues de dejar veinte y ocho ó veinte y nueve mil hombres en Danzick, y treinta y dos ó treinta y tres mil en las otras plazas del Vistula y del Oder, sumando asi los sesenta mil hombres ya indicados, le quedaban al príncipe Eugenio cerca de ochenta mil hombres de tropas activas, bien que no todas bastante disponibles para llevarlas á que se incorporasen á Napoleon, cuando éste desembarcara en Sajonia. Asi el príncipe Poniatowski, rechazado sobre las fronteras de Bohemia, se hallaba separado del príncipe Eugenio por la masa entera de los coaligados, que habian pasado el Elba por muchos puntos. De cuantos polacos estaban á nuestro servicio, no se pudo recoger mas que la division de Dombrowski, fuerte de dos mil infantes y de mil quinientos ginetes, ocupados actualmente en reorganizarse en Cassel. Despues de la separacion de los sajones, del cuerpo de Reynier quedaba la division francesa de Durutte, que habia constado de quince mil hombres, y aun tenia cuatro mil despues de hacer la campaña de 1842, bien que en Polonia y no en Rusia. A veinte y cuatro mil estaban reducidos los veinte y ocho mil hombres de la division de Lagrange y del cuerpo de Grenier, por efecto de los combates cotidianos con los prusianos, y los rusos. Colocadas estas tres divisiones, pues el cuerpo de Grenier contaba dos tan solo, bajo el mando superior del mariscal Macdonald, y



confiadas directamente á los generales Fressinet, Gerard y Charpentier, presentaban una tropa excelente, despues de pasar el invierno ante el enemigo. Finalmente el cuerpo del general Lauriston que debiera ascender á cuarenta mil combatientes, solo constaba de treinta y dos mil por efecto de las enfermedades, y del retardo de muchas cohortes, si bien todos hombres hechos, y mandados por gefes de division de mérito reconocido, tales como el general Maison por ejemplo. De este cuerpo hubo además que destacar á la division de Puthod, á fin de cubrir el bajo Elba, interin los mariscales Davout y Victor con sus batallones reorganizados pudiesen volver á ganar á Hamburgo el uno, y ocupar á Magdeburgo el otro. No obstante, entre estos batallones reorganizados habia ocho, los del mariscal Victor, que hasta ahora se hallaron á disposicion del principe Eugenio, y que guardaban á Dessau, puesto muy importante, como que estaba situado á poca distancia de la confluencia del Elba y del Saale, y como que detrás de estas dos vias fluviales debian unirse Napoleon y el principe Eugenio. Este por último tenia la caballería remontada en Hannover, que llegaba despacio, y tres mil hombres de la Guardia imperial, que debia restituir al grande ejército muy pronto. Por consecuencia de estos destacamentos, de estos retardos, de estas reducciones, no podia el principe Eugenio llegar á unirse á Napoleon mas que con unos sesenta y dos mil hombres, en lugar de los ochenta mil que pudiera tener disponibles, si no estuviera separado del principe Poniatowski, si no estuviera obligado á enviar la division de Puthod al bajo Elba, y si durante el invierno no experimentaran algunas

pérdidas inevitables sus cuerpos de tropas. Pero estos sesenta y dos mil hombres estaban todos sobre las armas, animadísimos y muy bien mandados. Distribuidos se encontraban á orillas del Elba, desde Wittemberg hasta Magdeburgo, y prontos á alargar la mano detrás del Saale, para unirse á Napoleon, á quien aguardaban con impaciencia. Todos habian recibido recientemente á los prusianos y á los rusos delante de Magdeburgo de tal modo que los hicieron muy circunspectos.

Napoleon habia esperado reunir á orillas del Mein ciento cincuenta mil hombres y doscientos mil despues que el general Bertrand se le incorporara. Supuso que el mariscal Ney podria tener sesenta mil hombres, el mariscal Marmont cuarenta, el general Bertrand cincuenta, y que la Guardia no contaria menos de otros cuarenta mil soldados. Agregando á estas fuerzas alrededor de diez mil hombres de los pequeños principes alemanes, debia sumar el guarismo de doscientos mil combatientes en el momento de su aparicion en Sajonia. Véase las reducciones á que todavía hubo de someterse, al pasar de lo esperado á lo efectivo.

En vez de sesenta mil hombres no tenia mas que cuarenta y ocho mil el mariscal Ney, porque le faltaban los bávaros y los wurtembergueses, y sobre todo porque no pudo atraer cerca de sí á la caballería sajona. Cuatro hermosas divisiones francesas de infantería, formadas de las cohortes y de los regimientos provisionales, tenia bajo su mando, con dos meses de instruccion mas que las otras, y ejercitadas durante mes y medio á su vista en torno de Wurzburg. De cerca de cuarenta y dos mil infantes constaban presentes bajo bandera, y